

Jesús Alberto Echeverri: una vida para la universidad y un camino para mí

Andrés Restrepo Gil

Coleccionista de cucharas, andres.restrepo28@udea.edu.co

El documento oficial, ese modo de existencia burocrático, dice que llegó a la Universidad de Antioquia el 11 de marzo de 1975. 48 años después sigue por sus pasillos, deambulando en busca de pensamientos, orientando sueños, hablando solo o mirando cómo es la vida en la plazoleta y los salones, acompañando con su palabra o siendo acompañado por la palabra de alguien.

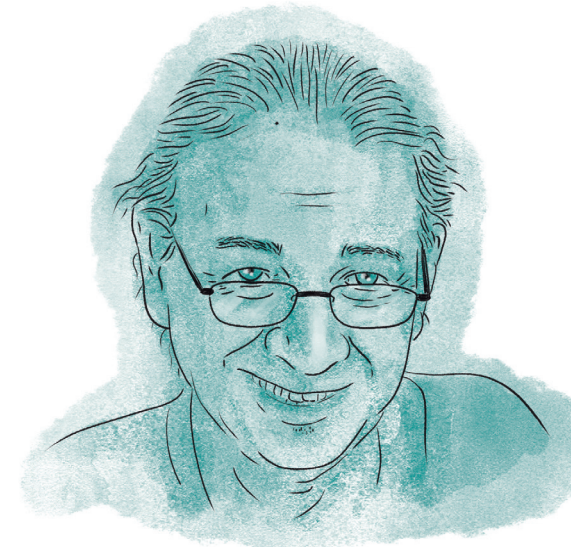
Su vida en la Facultad de Educación está llena de alegrías, diversas historias y algunos mitos universitarios. Entre las alegrías se cuentan sus investigaciones históricas y epistemológicas, sus amadas Normales a las que resucitó con la idea de un dispositivo, sus encuentros en las aulas con estudiantes de primer semestre de las distintas licenciaturas a quienes escucha como lo hace ese señor de *oreja verde* de Gianni Rodari, la dirección de tesis de maestría y doctorado, que se convierten en una relación *labio-oido*, como señala María Zambrano. Las historias están anudadas a su genialidad irreverente que en otros tiempos le llevó a ladrar en una reunión de profesores o a llamar a un rector “vendedor de electrodomésticos”. En cuanto a los mitos universitarios, como en las leyendas urbanas, está esa de servir de casamentero por el rito budista o la de ir en pijama a dar clase a las 6:00 a.m.

Sus labores investigativas le han hecho pasar por archivos llenos de historias del pasado para pensar la educación y el oficio de enseñar; participar en manifestaciones y expediciones en el Movimiento Pedagógico para reivindicar el estatus intelectual del maestro, viajes interminables por las Normales de Colombia para redescubrir eso que llamó *tradición normalista*, estancias en

escuelas de la ciudad para comprender las vicisitudes del oficio. Por ello, puedo decir que su ser es una amalgama de movimientos y reflexiones, de silencios y discursos que parecen una arenga y en realidad son un reclamo vital por su ser de maestro, que se juega en la multiplicidad de quienes le han precedido, de quienes le han formado y que él deja que le habiten en armonía bajo la idea de la gratitud y el reconocimiento.

Sus escuderos intelectuales, además de esa legión de franceses que permitieron la creación del Grupo Historia de la Práctica Pedagógica en Colombia, del cual es fundador, se encuentran Fernando González y Tomás Carrasquilla, de quienes ha bebido no solo sus palabras e ideas; sino, también, sus modos de aproximarse a la vida: serenidad, gozo, observación, humildad y renuncia. Igual que Fernando, acude a sus *libretas de carnicero* para anotar sus ideas y pensamientos. De Carrasquilla, retoma su amor por las regiones, esa convicción de que en los territorios la cultura tiene asiento de muchos otros modos, como esa *biblioteca del tercer piso*, que hizo de don Tomás un ciudadano universal.

Tiene algunas consignas que son representativas de su hacer. La **primera** es que investigar es una acción para conocerse mejor, para lograr alguna reforma de sí mismo. La investigación no consiste solo en un ejercicio en el que siempre se mira hacia afuera, sino en el que también se mira hacia adentro. Esto está relacionado con su práctica de yoga, disciplina a la que llegó cuando tenía 15 años y de la cual no ha salido, más bien se ha afirmado en sus cimientos, esos que algunas leyes del mercado espiritual ofrecen como alternativa: la atención plena,



el silencio, la calma y la interiorización de una actitud ética ante la vida. La **segunda** está referida a su ser de maestro. Dice que fue en las escuelas Normales donde lo consiguió; su paso por ellas le permitió despojarse de su rostro de burócrata para unirse a la *secta de la tiza y el tablero*. La **tercera**, unida a la anterior, habla de los *maestros que le habitan*, de esas múltiples presencias que se agitan en su interior, que hablan por su boca, que le permiten reflexionar sobre sus acciones y, especialmente, le sirven de guía pedagógica a la que recurre con frecuencia para sus clases y encuentros. La **cuarta** consigna tiene que ver con la lectura, con la idea de la permanente formación como lectores, que está anclada a su idea (I) de un maestro intelectual de la cultura que se lee en los periódicos, revistas, libros, archivos y magazines. Estas consignas, como un crisol, dan forma a su actuación como investigador, maestro y lector, a su empeño de crear tertulias, espacios de lectura e intercambio, a sus particulares maneras de destacar que se enseña, *también*, con lo que se es; por ello, insiste en la necesidad de cultivarse en todos los sentidos.

Casi cinco décadas entre los pasillos de los claustros universitarios no han sembrado en él la convicción de que su palabra se debe imponer, mediante peroratas eternas, en sus clases o conversaciones. Aun después de tanto tiempo entre los libros y las clases, las lecturas y los debates, no ha olvidado el inusual hábito de escuchar. Su virtud no es solamente la de aquel que ha aprendido a oír sino la de quien siempre hace un esfuerzo sincero por comprender.

Ha preferido ignorar los cantos del afán y no se ha permitido ceder a los mandatos de la celeridad. El maestro aún camina despacio, no como quien quiere exprimir sus horas y explotar sus minutos, sino como quien prefiere dar un paso a la vez, prestar atención al camino, tejer ideas al caminar. Antiguo y olvidado por temporadas, su reloj es un sencillo adorno. Presta poca atención a las exigencias de este artefacto y nunca le ha concedido al minuterero la osadía de definir la velocidad de sus pasos. Lejos está este aparato de recordarle que debe llegar temprano. Quienes hemos tenido oportunidad de pasear a su lado sabemos que con él se camina lento.

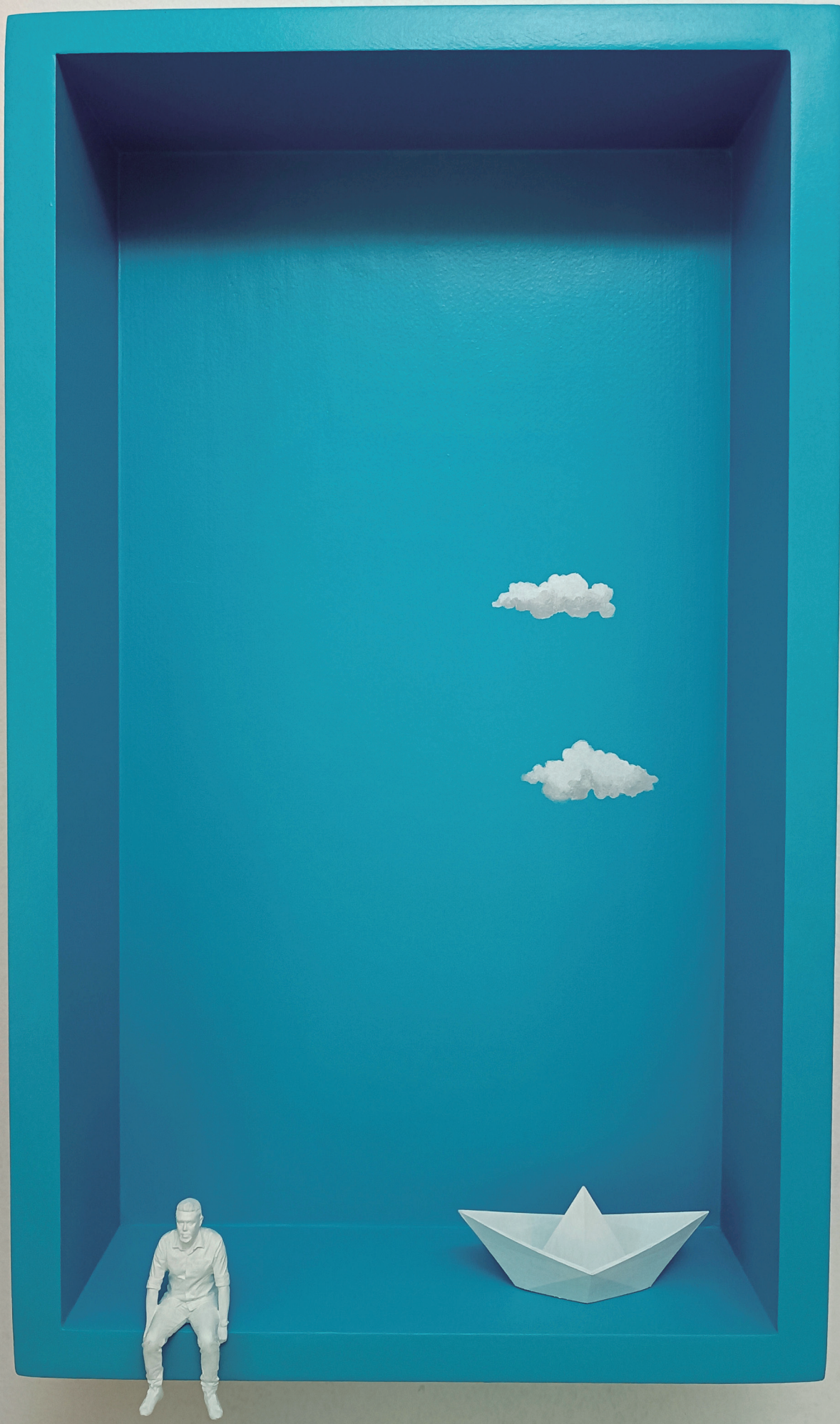
Y, según él, con la misma paciencia que se debe caminar, se debe leer. Entendí a su lado, en nuestras horas de lectura, que no se inicia un libro con la intención de terminarlo. Siempre es preciso volver atrás, regresar al inicio, retomar desde antes. Así como no se trata de sumar kilómetros al caminar, tampoco se trata de devorar páginas al leer. Es menester detenerse, hacer preguntas y entablar un diálogo entre quienes leemos y entre quien escribe el libro. Ambos hemos entendido en este ejercicio de leer en voz alta que es preciso ofrecerles a las páginas la facultad de que nos muestren el camino entre los pensadores: de Octavio Paz a Aristóteles y de Aristóteles a Platón. De Platón a Jaeger.

Y al lado de su paciencia, el maestro es de lejos un hombre de ideas ciegas. Con su apertura a la escucha, o quizá gracias a ella, el maestro no se ha permitido acumular sobre sí una colección de pensamientos cristalizados, inmóviles, enraizados al paso de los años y al deterioro del tiempo. Sus ideas no giran en torno a una bodega de respuestas estropeadas por el uso, que resuelven cualquier tipo de pregunta. A veces, tengo la impresión de que su única convicción es la apertura y la necesidad de aprender, bajo el mandato incuestionable de siempre buscar, de siempre estar alerta, de nunca dejar de escuchar.

La universidad es, en parte, sus maestros. Es el tiempo de estos y la dedicación, a veces vital, que estos le ofrecen a aquella. El maestro ha entregado casi medio siglo a la Universidad de Antioquia, ya sea porque ha estado al frente de ciertos cursos, ya sea porque, en calidad de estudiante, también se paseó por nuestra universidad o porque hizo de esta un lugar para la investigación.

Para mí, Alberto es la universidad. ■

Néctor Mejía, De la serie The truman show, acrílico y resinas sobre madera, 50 x 30 x 8 cm, @nectormeja



Néctor Mejía, De la serie The truman show, acrílico y resinas sobre madera, 50 x 30 x 8 cm, @nectormeja